

LA FORMACIÓN MISIONERA EN LA IGLESIA PARTICULAR

Por Juan Esquerda Bifet

Presentación

1. Un camino histórico de formación misionera
2. La formación en relación con el despertar de la comunión misionera en la Iglesia particular
3. Los retos y las posibilidades de formación misionera en la Iglesia particular

* * *

Presentación

La formación misionera es un proceso permanente de asimilación de los sentimientos de Cristo, enviado por el Padre, bajo la acción del Espíritu Santo, resucitado y presente en la Iglesia, para la salvación plena e integral de toda la humanidad.

En la Iglesia se ha impartido esta formación, de algún modo, con su luces y sus limitaciones, en cada época histórica, en vistas a que los bautizados y toda comunidad eclesial lleguen a “la perfección de la caridad” (LG 40) y a la disponibilidad misionera que es connatural a la misma vida cristiana.

En el despertar actual de la conciencia de “comunión” eclesial en la Iglesia particular (dentro de la Iglesia universal), la formación de las vocaciones, ministerios y carismas necesita entrar en la dimensión “comunional” (a modo de “escuela de comunión”), que es imprescindible para la misión.

Los retos actuales reclaman con urgencia esta formación misionera específica y renovada. La situación sociológica y eclesial actual no es sólo un reto, sino que ofrece también nuevas posibilidades de formación para poder responder a las nuevas exigencias misioneras. *¿Qué formación misionera habrá que impartir hoy en la Iglesia particular?*¹

1. Un camino histórico de formación misionera

La formación misionera impartida especialmente en los últimos años ha tenido gran incidencia en la acción misionera directa y en la animación o cooperación misionera. Se nos ha transmitido una herencia espiritual y apostólica, plasmada en unas figuras misioneras insertadas evangélicamente en su época. Una nueva etapa en esta formación supone la fidelidad de recibir lo transmitido y de responder armónicamente a las nuevas situaciones históricas y a las nuevas gracias del Espíritu Santo.

¹ Recojo datos bibliográficos (y documentos) sobre formación misionera en: *Misión al estilo de los Apóstoles. Itinerario para la formación inicial y permanente* (Madrid, BAC, 2004). Ver especialmente el cap.VIII: Formación para construir la "vida apostolica" en la Iglesia particular misionera.

Los Apóstoles fueron elegidos "para ser enviados a evangelizar" (Mc 3,14), es decir, para prolongar la misma misión de Jesús: "Como mi Padre me ha enviado, sí os envío yo" (Jn 20,21; cfr. 17,18).

En el decurso de veinte siglos, el punto obligado de referencia ha sido siempre Jesucristo como Buen Pastor y el grupo apostólico formado por el mismo Jesús para servir a toda su familia eclesial; pero las modalidades concretas han ido variando según las épocas y culturas, así como según las necesidades y situaciones de la humanidad. Los carismas, comunicados por el Espíritu Santo, responden a esta realidad, en cada período histórico del caminar eclesial.

En esta formación ha habido una evolución que podríamos llamar "homogénea", con un esfuerzo de apertura a las *nuevas situaciones* socio-culturales y eclesiales, para responder a las *nuevas gracias* del Espíritu Santo y poder formar a los *nuevos apóstoles*.

La figura del Buen Pastor y de los Apóstoles (especialmente de San Pablo como figura emblemática) se ha ido plasmando en figuras misioneras concretas y, a veces, en orientaciones doctrinales y en planes de formación y de acción misionera. Los éxitos y las limitaciones tienen que analizarse a la luz de armonía de la fe y de la revelación. Dios se vale siempre de instrumentos humanos débiles, en los que respeta su libertad y responsabilidad.

Se pueden apreciar unas constantes respecto a la imitación del estilo evangélico de Jesús y de los Apóstoles, es decir, la referencia a la llamada como iniciativa divina, que invita a una relación íntima, a un seguimiento evangélico, en un contexto de comunión eclesial, en vistas a la disponibilidad misionera.

Durante el siglo XX se puede constatar una abundancia de documentación y de instituciones eclesiales, que tienen como objetivo la formación misionera. El nacimiento de la ciencia "misionológica" (al final del siglo XIX), el redescubrimiento de las figuras misioneras del pasado y las nuevas figuras misioneras (de los siglos XIX y XX), ofrecieron material abundante para las encíclicas anteriores al concilio Vaticano II y para los documentos del mismo concilio.

La época postconciliar del Vaticano II ha tenido también un resurgir en cuanto a la formación más aquilatada, aunque se puede constatar una problemática nueva: la falta de vocaciones misioneras en algunos sectores, el cansancio en algunas instituciones, las dudas surgidas respecto a la misión y al modo de realizarla, etc. Pero precisamente esta realidad ha suscitado también un nuevo impulso en la investigación, la docencia, el diálogo y las publicaciones, así como en la metodología de animación y cooperación misionera.

Habrá que distinguir y también armonizar los documentos magisteriales anteriores al concilio, con los del mismo concilio y con los posteriores. Constituyen una herencia que hay que conocer, vivir, abrir a nuevas perspectivas y transmitir al futuro.²

² AA.VV., *La formazione missionaria oggi* (Roma, Pont. Univ. Urbaniana, 1976); P. CHIOCCETTA, *La formazione allo spirito missionario*: Seminarium (1979) 573-595; R. DEVILLE, *La formation des seminaristes à l'esprit missionnaire*: Seminarium (1990)

En cuanto a los apóstoles en etapa preparatoria y a las comunidades eclesiales, los servicios de formación misionera encuentran una mayor sensibilidad respecto a las necesidades sociológicas y una cierta indecisión cuando se trata de asumir compromisos para toda la vida; pero también se constata una nueva generosidad evangélica y una necesidad de vida fraterna para la misión.

Algunas líneas trazadas por los documentos conciliares y postconciliares no han sido suficientemente estudiadas y aplicadas. Los campos actuales abiertos a la nueva evangelización y a la evangelización "ad gentes", necesitan apóstoles mejor formados en la comunión eclesial de la Iglesia particular y universal, como garantía de autenticidad y de perseverancia en el seguimiento evangélico y en la misión. Si se quieren construir las Iglesias locales en los países llamados de "misión", se necesita previamente una formación y una colaboración en la misionariedad de la propia Iglesia particular.

Especialmente habrá que formar para una relación más íntima con Cristo, compartida con los hermanos, vivida en la liturgia y en la contemplación, que ayude a mirar con esperanza las nuevas realidades y a seguir las nuevas gracias de Dios, como fidelidad armónica y evolutiva hacia los carismas del pasado (como pueden ser los carismas "fundacionales").

Se necesita formación para adquirir ideas o principios claros y programación para aplicarlos con entusiasmo y dedicación. Es formación en la vocación, relación con Cristo, seguimiento, fraternidad, misión. "A esta formación están llamados los sacerdotes y sus colaboradores, los educadores y profesores, los teólogos, particularmente los que enseñan en los Seminarios y en los centros para laicos" (RMi 83).

La formación misionera tiene que ser a nivel doctrinal, pastoral y espiritual. Se concreta en la naturaleza de la evangelización, la acción evangelizadora, el espíritu de la evangelización, la vocación misionera, las situaciones eclesiales y sociológico-culturales.

A nivel práctico o pastoral, la formación misionera afronta la dimensión profética (anuncio, testimonio), litúrgica (de celebración), organizativa (de servicios de dirección y animación). Siempre es con el fin de construir la comunidad eclesial en la caridad (comunión con Dios y con los hermanos). Se necesita una organización de servicios, partiendo del análisis de las situaciones (y de las estadísticas), siempre a la luz de los principios evangélicos y en vistas a la santificación de personas y comunidades. De este modo, se actualizan los signos establecidos por el Señor: proféticos, litúrgico-sacramentales y vocacionales

Por tratarse de la misma misión de Jesús, la formación misionera es, por su misma naturaleza, formación para la misión universalista "ad gentes". Es la formación que

177-187; J. ESQUERDA BIFET, *Misionología* (Madrid, BAC, 2008) cap.VIII (dimensión eclesiológica) y IX (vocación y formación misionera); K. MÜLLER, *Les missionnaires, III-IV Formation*, en: Vaticano II, *L'activité missionnaire de l'Église* (Paris, Desclée 1967), 347-357.

necesitan todos los componentes de la comunidad eclesial, por ser la responsable de la misión universal. "La enseñanza teológica no puede ni debe prescindir de la misión universal de la Iglesia, del ecumenismo, del estudio de las grandes religiones y de la misionología. Recomiendo que sobre todo en los Seminarios y en las Casas de formación para religiosos y religiosas se lleven a cabo tales estudios, procurando que algunos sacerdotes, o alumnos y alumnas, se especialicen en los diversos campos de las ciencias misionológicas" (RMi 83).

Los agentes de pastoral están al servicio de la comunidad eclesial, no sólo para evangelizarla, sino también para hacerla misionera. Para conseguir esta "animación", ayudarán a la comunidad a corresponder con los medios de "cooperación" misionera: oración, sacrificio, limosnas, vocaciones, formación e información, coordinación, servicios (cfr. RMi 77-86).

La formación doctrinal misionológica tiende a insertar el evangelio en las culturas y ponerlo en contacto dialogante con todas las religiones. Para poder responder a esta realidad, que es siempre bajo la acción salvífica del Espíritu Santo, hay que apreciar el camino ya recorrido y disponerse a profundizar las diversas dimensiones sobre la misión: trinitaria, cristológica, pneumatológica, eclesiológica, antropológica, sociológico-cultural.

La Palabra de Dios sobre la misión es siempre viva y actual. Pero sus contenidos necesitan expresiones culturales siempre mejorables y también distintas (aunque no opuestas) en los diversos pueblos. Los contenidos evangélicos sobre la misión deben prevalecer sobre las expresiones humanas. Hay que dejarse sorprender por los contenidos de la revelación, por encima de las discusiones teóricas de escuela, que hacen perder mucho tiempo en la evangelización.

La unicidad de Cristo como Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, es el "fundamento" de la misión (cfr. 1Cor 3,11). Sólo él, como único Salvador, aporta a toda la humanidad la revelación de Dios como Amor y la posibilidad de participar en su misma vida divina (cfr. 1Jn 4,8-10). Esta "salvación" cristiana es única, capaz de llevar a cumplimiento todos los destellos o semillas de salvación que Dios ya ha sembrado en la historia de todos los pueblos.

Se elabora una buena doctrina sobre la misión, cuando se parte de Cristo resucitado presente en la Iglesia y también, de algún modo, "unido a todo hombre" (GS 22), y "esperando" al misionero "en el corazón de todo hombre" (RMi 88) y de todos los pueblos (cfr. RMi 28).

2. La formación en relación con el despertar de la comunión misionera en la Iglesia particular

Para cada una de las vocaciones apostólicas (laicado, vida consagrada, sacerdocio ministerial), el camino formativo se basa en una dinámica de encuentro, seguimiento, comunión, misión. Cada vocación tiene sus peculiaridades misioneras, que se comparte en comunión eclesial con los demás: inserción como fermento evangélico (el laicado), radicalismo evangélico (la vida consagrada), transparencia de la vida del Buen Pastor (la vida sacerdotal).

Toda vocación y toda comunidad eclesial tiende a la construcción de una comunión misionera: “Otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de la Iglesias particulares, es el de la comunión (koinonía), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf. Rm 5,5), para hacer de todos nosotros « un solo corazón y una sola alma » (Hech 4,32)” (NMi 42).

De este modo, toda institución eclesial está llamada a ser “escuela de comunión”: “Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo” (NMi 43).

El proceso de “implantación” de la Iglesia es auténtico cuando es proceso de comunión. Toda comunidad eclesial constituye una historia de gracia y una herencia apostólica para compartir: "En virtud de esta catolicidad cada una de las partes presenta sus dones a las otras partes y a toda la Iglesia, de suerte que el todo y cada uno de sus elementos se aumentan con todo lo que mutuamente se comunican y tienden a la plenitud en la unidad" (LG 13). "La tradición transmitida por los Apóstoles fue recibida de diversas formas y maneras" (UR 14). La variedad de dones, cuando se comparten, construye la Iglesia como comunión misionera.

Este proceso de construir la comunión tiene lugar especialmente en la Iglesia particular, puesto que la Iglesia en cuanto tal se concreta y actualiza donde hay un sucesor de los Apóstoles en comunión con el sucesor de Pedro y con los demás obispos (Colegialidad Episcopal). La Iglesia particular es, pues, la concretización, presencialización, o "encarnación" e imagen de la Iglesia universal, en el aquí y ahora de lugar y espacio, carismas y valores culturales. Es la "Iglesia de Dios", de que habla San Pablo (1Tes 2,14). Todo Iglesia particular o local se fundamenta sobre la "piedra", que es Cristo, y sobre los Apóstoles (cfr. Ef 2,20). En esta Iglesia-familia todos somos "familiares de Dios" (Ef 2,19).

En realidad, "la Iglesia universal se encarna de hecho en las Iglesias particulares" (EN 62), puesto que "en la cuales y desde las cuales existe la Iglesia católica una y única" (can. 368). La Iglesia "está verdaderamente presente en todas las legítimas reuniones locales de los fieles, que, unidos a sus pastores, reciben también el nombre de Iglesia en el Nuevo Testamento (cfr. Hech 8,1; 14,22-23; 20,17)... En ellas se congregan los fieles por la predicación del Evangelio de Cristo y se celebra el misterio de la Cena del Señor a fin de que por el cuerpo y la sangre del Señor quede unida toda la fraternidad" (LG 26).

Por esto, "la diócesis es una porción del Pueblo de Dios que se confía a un Obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular, en la que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica" (ChD 11; cfr. can.369).

Esta concretización de la Iglesia universal en la Iglesia particular no aísla a la comunidad local, sino que la hace más consciente de su realidad de única Iglesia esparcida en todo el mundo y, por tanto, de su misionariedad universal. "Todo el

misterio de la Iglesia está contenido en cada Iglesia particular, con tal de que ésta no se aíslé, sino que permanezca en comunión con la Iglesia universal y, a su vez, se haga misionera" (RMi 48).

En este sentido se ha podido hablar de "diócesis misionera", en la que se integran todas las realidades misioneras: "Suscitando, promoviendo y dirigiendo el Obispo la obra misional en su diócesis, con la que forma una sola cosa, hace presente y como visible el espíritu y el celo misional del Pueblo de Dios, de suerte que toda la diócesis se hace misionera" (AG 38). Si un apóstol o una institución misionera no ha aprendido a colaborar en la construcción de la propia Iglesia particular de origen, difícilmente podrá realizar la labor misionera "ad gentes" de construir la Iglesia particular en la que se sirve, por encima y más allá de la propia obra a la que uno pertenece.³

Ya el concilio Vaticano II (AG 6 y 20) había señalado la responsabilidad misionera de las Iglesias jóvenes como señal indicativa de su crecimiento en madurez. "Las Iglesias particulares autóctonas" empiezan a ser "suficientemente fundadas y dotadas de propias energías" (AG 6). Ellas se sienten llamadas a afrontar la propia realidad con sus propios medios, también relacionando la "primera evangelización" con la promoción humana (progreso, justicia, paz), desde dentro, con herramientas propias y más adecuadas.

La encíclica *Redemptoris Missio* presenta este mismo tema de las Iglesias jóvenes abiertas a la misión universal, como estimulante para las Iglesias de antigua cristiandad: "Me dirijo, por tanto, a los bautizados de las comunidades jóvenes y de las Iglesias jóvenes. Hoy sois vosotros la esperanza de nuestra Iglesia, que tiene dos mil años: siendo jóvenes en la fe, debéis ser como los primeros cristianos e irradiar entusiasmo y valentía, con generosa entrega a Dios y al prójimo; en una palabra, debéis tomar el camino de la santidad... Y seréis también fermento de espíritu misionero para las Iglesias más antiguas" (RMi 91).

Por encima de la terminología (Iglesia "particular" o "local"), hay que señalar que la "particularidad" de una Iglesia, con su herencia apostólica y su historia de gracia, no está

³ Sobre la diócesis o Iglesia particular misionera: AA.VV., *Promoción misionera de las Iglesias locales* (Burgos, 1976); E. BUENO, *Iglesia local*, en: *Diccionario de Misionología y Animación Misionera* (Burgos, Monte Carmelo, 2003) 474-482.; Y.M. CONGAR, *Théologie de l'Eglise particulière, Mission sans frontières* (Paris 1960); H. DE LUBAC, *Las Iglesias particulares en la Iglesia universal* (Salamanca, Sígueme, 1974); J. ESQUERDA BIFET, *La misión "ad gentes", acción prioritaria de las Iglesias particulares*, en: *Es la hora de la misión, Congreso Nacional de Misiones y Cooperación Misionera* (Madrid, CEE, 2003) 147-183; Idem, *Compendio de Misionología* (Valencia, EDICEP, 2007), cap. VII; J. GUERRA, *Las Iglesias locales como signo de la Iglesia universal en su proyección misionera: Misiones Extranjeras 54* (1967) 181-194; M. SAMPAIO VIERA, *A missionariedade da Igreja particular à luz do magisterio recente* (Roma, Pontificia Università Gregoriana, 2003) (Tesis); X. SEUMOIS, *Les Eglises particulières*, en: *L'activité missionnaire de l'Eglise* (Paris, 1967) 281-299; J.R. VILLAR, *Teología de la Iglesia particular* (Pamplona, Univ. de Navarra, 1989); A.M^a ZULUETA, *Vaticano II e Iglesia local* (Bilbao, Desclée, 1994). La Congregación para la Evangelización de los Pueblos publicó un documento clarificador sobre el tema: *Rapporti tra la Chiesa universale e le Chiese particolari* (Plenaria 30 marzo - 2 abril 1971): Ench. Vaticanum 4, 665-677.

condicionada a los límites socioculturales de naciones o estados, sino que, por su sacramentalidad, su catolicidad y su apostolicidad, se abre a la universalidad de la misión, de dar y de recibir los dones que son de todos. "Por esto, toda la Iglesia y cada Iglesia es enviada a las gentes" (RMi 62). "Solamente una Iglesia que mantenga la conciencia de su universalidad y demuestre que es de hecho universal, puede tener un mensaje capaz de ser entendido, por encima de los límites regionales, en el mundo entero" (EN 63).⁴

La "comunidad" eclesial, si es auténtica, se concretiza en colaboración evangelizadora hacia dentro de la misma Iglesia y hacia la Iglesia entera. "Cada comunidad debe vivir unida a la Iglesia particular y universal... comprometida en la irradiación misionera" (RMi 51).

Las tres notas con que se ha querido resumir la naturaleza de la Iglesia (misterio, comunión y misión) indican una presencia activa de Cristo ("misterio"), en medio de los hermanos ("comunión") para ser anunciado y comunicado a los demás ("misión").⁵

Cuando se subraya que la Iglesia es "sacramento", se indica su realidad de transparencia e instrumento. "De esta sacramentalidad se sigue que la Iglesia no es una realidad replegada sobre sí misma, sino permanentemente abierta a la dinámica misionera y ecuménica, pues ha sido enviada al mundo para anunciar y testimoniar, actualizar y extender el misterio de comunión que la constituye: a reunir a todos y a todo en Cristo; a ser para todos sacramento universal de salvación".⁶

Esta comunión vital es "unidad" (no uniformidad) que refleja el misterio trinitario: "La Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (LG 4). Es, pues, por su misma naturaleza, unidad vital: "Dios... la constituyó Iglesia, a fin de que fuera para todos y cada uno sacramento visible de esta unidad salvífica" (LG 9).

Es "comunión" entre quienes son llamados "santos", "familiares de Dios", siempre parte de un edificio espiritual, cuyos "fundamentos son los Apóstoles" y cuya "piedra angular es Jesucristo" (Ef 2,19-20).

Construir esta comunión eclesial supone formación, también en el sentido de educación y conversión. La Palabra, los sacramentos y los servicios de caridad construyen la comunión en el corazón y en la comunidad. La Iglesia es "un solo corazón y una sola

⁴ Algunos textos conciliares y postconciliares sobre la Iglesia particular en su dimensión misionera: LG 23; ChD 11; AG 19-22, 29, 38; EN 62-64; RMI 48-49, 61-64, 67-68, 85; CEC 832-835, 1560; CIC 368-374.

⁵ La trilogía misterio-comunión-misión, aplicada a la Iglesia, resume la eclesiología conciliar y postconciliar, según el Sínodo Episcopal de 1985: *Ecclesia sub Verbo Dei mysteria Christi celebrans pro salute mundi, Relatio finalis* (Lib. Edit. Vaticana, 1985).

⁶ (Congregación para la Doctrina de la Fe) *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión* (Lib. Edit. Vaticana, 1992) I, 4.

alma" (Hech 4,32), cuando de verdad escucha la palabra de Dios predicada por los Apóstoles, participa en el Eucaristía y comparte los bienes (cfr. Hech 2,42; 1Cor 10,16-17). A partir de la palabra, de la Eucaristía y de la caridad fraterna, la variedad de vocaciones, ministerios y carismas tiende a una unidad vital donde se manifiesta la fuerza misionera del Espíritu Santo hacia dentro y hacia fuera (cfr. Hech 4,31-33). La eficacia evangelizadora depende de la vivencia de la comunión eclesial.

El "fin último de la misión" consiste en construir una humanidad como familia, haciendo a todos "partícipes de la comunión que existe entre el Padre y el Hijo: los discípulos deben vivir la unidad entre sí, permaneciendo en el Padre y en el Hijo, para que el mundo conozca y crea (cfr. Jn 17,21-23)" (RMi 23). El nuevo Pueblo de Dios fue "constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad"; de este modo "es empleado también por El como instrumento de la redención universal y es enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt., 5,13-16)" (LG 9). La comunidad eclesial está llamada a vivir la "comunión", en la que encuentra "el fundamento de la misión" (RMi 75). Cuando la comunidad eclesial vive esta comunión fraterna es, por ello mismo, "un hecho evangelizador" (*Puebla* 663). "El amor es y sigue siendo la fuerza de la misión" (RMi 60).

La misión "ad gentes" ya no puede ceñirse sólo a unos países o sectores geográficos, sino que debe realizarse allí donde Cristo no es todavía el centro de la vida humana cultural y social. El objetivo de la misión es construir la familia de Jesús resucitado (su "Iglesia" o comunidad convocada). Cuando Jesús vive en medio de los hermanos (cfr. Mt 10,20), entonces la Iglesia es misterio de comunión misionera. La edificación de la Iglesia, como comunidad del resucitado, se realiza en la línea de comunión fraterna, donde todos los dones y carismas se comportan armónicamente, bajo la guía de Pedro, de los Apóstoles y de sus sucesores.

¿Cómo hacer misionera a toda la comunidad eclesial en cada una de sus vocaciones, ministerios y carismas? ¿Cuál podría ser el itinerario formativo para formar una Iglesia misterio de comunión misionera?

3. Los retos y las posibilidades de formación misionera en la Iglesia particular

La formación misionera es un itinerario de asimilación de los sentimientos de Cristo. En los escritos y en la vida de Juan Pablo II, este itinerario se expresa en una dinámica que va del encuentro o amor apasionado por Cristo, a la misión o anuncio apasionado de Cristo. En Benedicto XVI es un proceso para dejarse sorprender por el amor de Cristo.

Para responder a las situaciones misioneras actuales, se necesita formar misioneros "itinerantes", es decir, despegados de cargos y preferencias y, al mismo tiempo, dispuestos a enterrarse de por vida en el propio Nazaret.

Esta formación para la "itinerancia" misionera es un camino de quitar del corazón toda inherencia egocéntrica, para dejar que transparente en le propia vida el "Padre nuestro", las bienaventuranzas y al mandato del amor. Entonces aflora el signo de comunión eclesial misionera y de la peculiaridad de la experiencia cristiana de Dios (más allá de cualquier experiencia cultural y religiosa).

En cada cultura y religión se puede constatar un “itinerario” milenario de búsqueda de Dios, como preparación evangélica. Dios es “familiar” en las religiones “tradicionales” (también en el taoísmo, shintoísmo, etc.), íntimamente experimentado en el hinduismo, trascendente y siempre más allá de todo lo contingente en el budismo (por un ejercicio permanente de purificar el corazón), “único” en el islamismo (por medio de la oración, ayuno, limosna, peregrinación, siguiendo la pauta de la fe de Abraham). Este itinerario plurisecular y plurirreligioso necesita el testimonio cristiano como sintonía de un corazón “itinerante”, que quiere responder al mismo Dios que ha iniciado esta búsqueda. “En Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo busca. La Encarnación del Hijo de Dios testimonia que Dios busca al hombre” (TMA 7).

La “itinerancia” en la Iglesia particular necesita un proceso de formación para construir la comunión, haciendo de los propios dones un compartir sin imponer. La Iglesia particular: puede convertirse en escuela de diálogo interreligioso, “orado”, testimoniado y celebrado. Se necesita una formación adecuada para detectar y hacer madurar las semillas del Verbo.

Es una formación para afrontar el encuentro global intercultural e interreligioso, sin relativismos ni sincretismos, pero con apertura a las nuevas gracias del Espíritu: “La presencia y la actividad del Espíritu no afectan únicamente a los individuos, sino también a la sociedad, a la historia, a los pueblos, a las culturas y a las religiones. En efecto, el Espíritu se halla en el origen de los nobles ideales y de las iniciativas de bien de la humanidad en camino... Cristo resucitado obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre... Es también el Espíritu quien esparce « las semillas de la Palabra » presentes en los ritos y culturas, y los prepara para su madurez en Cristo” (RMi 28).⁷

El diálogo e inserción cultural (“inculturación”), para quien cree en Cristo, tiene como punto de partida el convencimiento de que “todo ha sido creado por él y para él” (Col 1,16). Todo destello de verdad y de bien conduce al encuentro explícito con Cristo. ¿Cuándo y cómo? La obra misionera es obra de Dios, que quiere la cooperación humana. El misterio del tiempo refleja la paciencia milenaria de Dios.⁸

⁷ Resumen contenidos doctrinales sobre el tema de las “semillas del Verbo” y bibliografía actual, en: *Huellas del Verbo encarnado en las diversas experiencias de Dios. A propósito del Jubileo del año 2.000*: Burgense 36 (1995) 333-359; *Hemos visto su estrella. Teología de la experiencia de Dios en las religiones* (Madrid, BAC, 1996) pp.275; *El testimonio cristiano para hacer madurar las semillas del Verbo*: *Studia Missionalia*, 53 (2004) 245-274; *El cristianismo y las religiones de los pueblos* (Madrid, BAC, 1997) VII.

⁸ Para invitar (directa o indirectamente) a dar el santo a la fe cristiana (que presupone siempre una gracia de Dios), se necesita constatar si el interlocutor acepta gozosa y humildemente el “misterio” de Dios, que se siempre más allá de sus ritos y creencias. El problema se plantea de algún modo para el mismo apóstol, porque el misterio de Cristo es siempre más allá de los propios proyectos y preferencias. Puede ser que sean pocos (cristianos y no cristianos) quienes están disponibles para esta “conversión” al misterio de Dios Amor revelado por Cristo.

En el diálogo interreligioso, el cristianismo aporta la experiencia del "Padre nuestro" (como actitud filial compartida con Cristo), de las "bienaventuranzas" (como actitud de construir la historia amando) y del mandato del amor (Cristo ama a todos en y desde nosotros). Es necesario detectar las semillas de la auténtica experiencia de Dios en todas las culturas y religiones, para proclamar el anuncio evangélico, el único que puede hacer madurar lo que Dios ya ha sembrado en la historia milenaria de la humanidad. El diálogo interreligioso es un encuentro entre diversas experiencias de encuentro con Dios (o con la trascendencia y la verdad). Allí el cristiano presenta la novedad del encuentro con Cristo resucitado presente.⁹

Se necesita formación adecuada para descubrir en la propia vocación la estrecha relación con las demás personas y comunidades llamadas a la misión. Vocaciones, ministerios y carismas corresponden a una realidad eclesial de comunión, que es signo de la presencia de Cristo resucitado. Toda comunidad eclesial se compone de personas llamadas, para realizar diversos servicios o ministerios, urgidas y potencias por carismas o gracias peculiares del Espíritu Santo.

Sin la comunión eclesial, los dones recibidos podrían desvirtuarse y perder la fuerza del Espíritu de amor y de unidad. Se es fiel al propio don recibido (de vocación, ministerio y carisma) en la medida en que se colabore armónicamente con los demás dones comunicados por el mismo Espíritu.

Toda la pastoral es comunal, necesitada de "ascesis de comunión", como equilibrio de vocaciones, ministerios y carismas. Entonces la comunidad eclesial se realiza como comunidad profética, litúrgica y diaconal o de servicios de caridad. Es un conjunto armónico de "piedras vivas" (1Pe 2,5) por la comunión eclesial, que construye la "morada de Dios" y que se dispone a abarcar a toda la humanidad (cfr. Apoc 21,3).

Viviendo la comunión eclesial, que tiene a Cristo como centro, se construye una "comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo visible" (LG 8), donde no cabe la contraposición entre carisma e institución, puesto que es el mismo Espíritu quien comunica estos dones: "Uno solo es el Espíritu, que distribuye sus variados dones para el bien de la Iglesia según su riqueza y la diversidad de ministerios (cfr. 1Cor 12,1-11). Entre estos dones resalta la gracia de los Apóstoles, a cuya autoridad el mismo Espíritu subordina incluso los carismáticos (cfr. 1Cor 14)" (LG 7).

La formación vocacional misionera supone un discernimiento, por el que se verifica la autenticidad de la vocación. Y es también un proceso formativo de adquisición de convicciones, motivaciones y decisiones respecto a la vocación misionera, de quienes "han sido llamados, como ministros del evangelio, para que la oblación de los gentiles sea aceptada y santificada por el Espíritu Santo" (AG 23; cfr. Rom 15,16).

Desde la formación inicial, el proceso formativo vocacional es una profundización del dinamismo de encuentro, relación, seguimiento, fraternidad y misión. Es siempre

⁹ Sobre la experiencia religiosa: J. ESQUERDA BIFET, *Hemos visto su estrella*, o.c., cap. VIII-IX; J.L. VÁZQUEZ BORAU, *Los místicos de las religiones. La mística y el futuro de la religión* (Madrid, San Pablo, 2005); J.M. VELASCO, *El fenómeno místico en las religiones y en el cristianismo* (Madrid, San Pablo, 1995).

proceso de discernimiento y de fidelidad hacia la misma misión recibida de Cristo, que no tiene fronteras, ni en el corazón ni en la acción.

Una comunidad evangelizada y evangelizadora es una comunidad que pide el don de las vocaciones y que se prepara para recibir las, sostenerlas y compartirlas con otras comunidades más necesitadas. En toda comunidad cristiana fiel a la gracia, surgen las vocaciones necesarias en el momento oportuno. Las vocaciones existen en germen, pero necesitan constatar signos evangélicos vividos con gozo familiar.

Se forma en los diversos niveles: humano, espiritual, intelectual, pastoral, siempre en clave personal y comunitaria, profundamente litúrgica, para asimilar los valores permanentes del Evangelio y poder presentar al mundo la fisonomía del Buen Pastor.

En el nivel *humano*, la formación de la propia personalidad es en vistas a insertar el evangelio en la sociedad diferenciada por las diversas culturas y situaciones. En el nivel *espiritual*, se trata de formar testigos vivenciales de Cristo resucitado y de las bienaventuranzas evangélicas en ambientes cristianos y no cristianos. En el nivel *intelectual*, se capacita para anunciar a Cristo en una sociedad pluricultural y plurirreligiosa. En el nivel *pastoral*, se forma para actuar en el anuncio, la celebración y la comunicación de la salvación universal en Cristo. Los evangelizadores de hoy se han de capacitar para presentar "una nueva síntesis creativa entre el evangelio y la vida", como "expertos en humanidad y, al mismo tiempo, contemplativos enamorados de Dios".¹⁰

El equilibrio entre ministerios (proféticos, litúrgicos y diaconales) favorece la presentación del misterio de Cristo, que se prolonga en el espacio y en el tiempo, llegando a todos los ambientes de la sociedad: familia, pobres, enfermos, justicia y paz, juventud, cultura, sociedad, no cristianos, no creyentes, no practicantes...

Hoy se necesita una formación más aquilatada en algunos campos específicos de la misión "ad gentes". Se trata del diálogo interreligioso (y conocimiento de las religiones), la inserción del evangelio en las culturas (inculturación y diálogo intercultural), la religiosidad popular (como medio de evangelización inculturada), los nuevos movimientos religiosos, el fenómeno creciente de las sectas, etc.¹¹

¹⁰ JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el IV Simposio del Consejo de las Conferencias Europeas*: Insegnamenti VIII/2, 1985, 910ss.

¹¹ Sobre el diálogo interreligioso y la evangelización: AA.VV., *Dialogo e missione*, en: *Portare Cristo all'uomo* (Roma, Pont. Univ. Urbaniana, 1985) I; AA.VV., *Mission et dialogue inter-religieux* (Lyon, Fac. Théol., 1990); C. APARICIO VALLES, *Diálogo entre religiones* (Madrid, PPC, 2005); I. ARREGUI, *Apuntes para un diálogo interreligioso*: Lumen 45 (1996) 3-25, 97-139; (Consejo Pontificio para el Diálogo y Congregación para la Evangelización de los Pueblos, Instrucción) *Diálogo y anuncio. Reflexiones y orientaciones sobre el diálogo interreligioso y el anuncio del Evangelio de Jesucristo* (1991); E. GIL, *El diálogo interreligioso*: Estudios Eclesiásticos 71 (1996) 229-259; M. GUERRA GÓMEZ, *Historia de las religiones*, o.c., cap.IV, 47-78; A. SANTOS HERNÁNDEZ, *Teología sistemática de la misión* (Estella, Verbo Divino, 1991) IV; J. SARAIVA, *Missione e dialogo*: Euntes Docete 38 (1985) 37-59; A. TORRES, *El diálogo de las religiones* (Santander, Sal Terrae, 1992); M. De UNCITI, *Diálogo interreligioso y misión*, en: *La misionología hoy* (Madrid, OMP, 1987) 301-333.

En el campo concreto de la misión “ad gentes”, la formación tiende a conseguir "capacidad de iniciativas, constancia para continuar lo comenzado hasta el fin, perseverancia en las dificultades, paciencia y fortaleza para soportar la soledad, el cansancio y el trabajo infructuoso" (AG 25). Es formación para una apertura a las nuevas gracias de Dios, que reclaman del apóstol mayor disponibilidad respecto a cargos, mejor inserción en las situaciones, más fraternidad apostólica .

Las ciencias misionológicas no deben perder tanto tiempo en discusiones de escuela, cuando las urgencias evangelizadoras son apremiantes. Los nuevos pobres no pueden esperar tanto. Es mejor presentar buenas síntesis de datos positivos y constructivos, para ayudar a vivir la misión con entusiasmo.

El “Misterio de Cristo” (cfr. Ef 3) es el punto de referencia para armonizar las diversas corrientes. La acción divina (la “missio Dei”) se armoniza con el Misterio de Cristo prolongado en la Iglesia (mediaciones eclesiales, como expresión de la humanidad del Señor). Los valores de la creación y del progreso están dentro del gran proyecto salvífico de Dios para “recapitular todas las cosas en Cristo” (Ef 1,10).

Es formación para ser “olor de Cristo” (2Cor 2,15), como Pablo. Transparentar y comunicar a Cristo, presupone vaciarse de todo lo que no sea él.

La encíclica *Redemptoris Missio*, especialmente en los tres primeros capítulos, ha respondido principalmente a tres preocupaciones teológicas actuales, aclarando conceptos y contenidos: la salvación en Cristo, la presencia del Logos en el mundo, el Reino, la acción del Espíritu Santo en las culturas y religiones. "La Iglesia tiene un inmenso patrimonio espiritual para ofrecer a la humanidad: en Cristo, que se proclama «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6)" (RMi 38).

La formación en el ámbito de la Iglesia particular ofrece la posibilidad de concretización (sin divagaciones teóricas), por el hecho de redescubrir los dones del Espíritu Santo en la propia historia de gracia, que se deben compartir con todas las Iglesias hermanas y con toda la humanidad.

El estudio teológico apunta siempre a diversas funciones que son complementarias: la función científica de profundización (teología sistemática o dogmática), la función vivencial (moral y espiritual), la función pastoral y misionera (de predicación-catequesis, celebración litúrgica, organización). La función misionera de la formación abarca todos los aspectos, abriéndolos a un anuncio sin fronteras y a una inserción intercultural e interreligiosa.

Esta formación armónica capacita para detectar la “preparación evangélica” que se encuentra en todas las culturas, pueblos y religiones. “Cuanto de verdad y de gracia se encuentra ya entre las naciones, como por una quasi secreta presencia de Dios,... (la Iglesia) lo restituye a su autor, Cristo" (AG 9).¹²

¹² Lecturas sobre *el diálogo en relación con la misión*: AG 11; LG 16; DV 2-3; GS 40-45,53; EN 20, 46, 63, 77, 80; RH 6; RMI 55-57; CA 46. Toda la encíclica *Ecclesiam suam* de Pablo VI (1963); CEC 856, 1153, 2063, 2652. Lecturas sobre el *diálogo*

Los estudios sobre la misión armonizan la fe profesada, celebrada, vivida y anunciada. Se estudia el Misterio de Cristo para ser anunciado (como Dios, hombre, Salvador), celebrado y hecho presente bajo signos salvíficos eclesiales, comunicado a cada persona y a toda la humanidad, en sus circunstancias culturales e históricas.

La formación doctrinal, pastoral y espiritual puede “encontrar una ayuda eficaz en aquel patrimonio que es la «teología vivida» de los Santos. Ellos nos ofrecen unas indicaciones preciosas que permiten acoger más fácilmente la intuición de la fe” (NMI 27). Han sido siempre los santos los mejores misioneros de la historia. Ellos son testigos de que “el conocimiento de la verdad cristiana recuerda íntimamente y exige interiormente el amor a Aquel a quien ha dado su asentimiento” (Juan Pablo II). El Papa se refiere a la Patrona de las Misiones: “La *teología sapiencial* de Santa Teresa del Niño Jesús muestra el camino real de toda reflexión teológica e investigación doctrinal: el amor, del que «dependen la ley y los profetas», es amor que tiende a la verdad y, de este modo, se conserva como auténtico *ágape* con Dios y con el hombre”.¹³

La formación misionera tiende hoy a adoptar una actitud martirial, capaz de reaccionar amando y perdonando ante expresiones de desprecio, infravaloración, indiferencia, “utilización” (en una sociedad de “usar” y “desechar”). Esta formación martirial necesita seguir la pauta que San Cipriano, en el siglo III, daba para los mártires cristianos: “no anteponer nada a Cristo, puesto que él no antepone nada a nosotros”.¹⁴

Los mártires japoneses del llamado “siglo cristiano del Japón”, se formaron con esta actitud misionera y martirial, siguiendo unas pautas concretas. Muchos de estos mártires se habían alimentado con la relativamente abundante lectura espiritual, impresa en japonés (“Imitación de Cristo”, meditaciones de los Ejercicios, “Historia de la pasión”), y todos vivían una intensa vida sacramental (confesión y Eucaristía, gracias a los misioneros ocultos) y mariana (rosario, imágenes, medallas), como vivencia del bautismo.¹⁵

interreligioso: AG 3,9,11; LG 16; DH 2,10; NAE 1-5; ES 101; EN 53,77; RH 6,11-12; RMI 29,55-57; NMI 54; exhor. apost. Pastores Gregis 20; *Aparecida* 235-239. Ver: Declaración *Dominus Iesus* (Congregación para la doctrina de la fe, 2000). También: *Nota doctrinal sobre algunos aspectos de la evangelización* (Congregación para la doctrina de la fe, 3 diciembre 2007).

¹³ JUAN PABLO II, *Discurso a la Asamblea Plenaria de la Congregación para la doctrina de la fe* (24 oct. 1997).

¹⁴ San Agustín lo concretaba en “un corazón unificado dirigido hacia Dios”. En la regla de San Benito se matiza de este modo: “No anteponer absolutamente nada a Cristo”. Este amor hace posible “encontrarse más profundamente en el corazón de Cristo, con sus contemporáneos” (CEC 932).

¹⁵ La imprenta se había introducido en Japón el año 1590. En 1615 circulaba el libro *Exhortaciones para el martirio* (compuesto por los misioneros para alentar a los cristianos). Ver: J. RUIZ DE MEDINA, *El Martirologio del Japón 1558-1873* (Roma, Inst. Historicum S.I, 1999). También en la “Positio” del nuevo grupo de beatos: (Tokien. et Aliarum) *Beatificationis seu Declarationis Martyrii Servorum Dei Petri*

En lugar de unas *líneas conclusivas*, propongo un esquema de trabajo (con bibliografía), para afrontar un itinerario formativo, basado en el “discipulado”, la “Lectio divina” y el modelo paulino. Son temas que corresponden a la realidad actual de la Iglesia: el “discipulado” (para la “misión continental” en América Latina), la Palabra (con ocasión del Sínodo Episcopal de 2008) y San Pablo (para el año dedicado al Apóstol).

ESQUEMA DE TRABAJO PARA UN ITINERARIO FORMATIVO DEL ESPÍRITU MISIONERO

(Dinámica de *Lectio Divina*, Eucaristía, Discipulado, como Pablo):

EL CAMINO DEL CORAZÓN: PARA RECIBIR Y TRANSMITIR A JESÚS

Presentación: Dejar entrar la Palabra del Señor (y su mirada amorosa) hasta el fondo (el centro) del corazón, sin “defensas” ni escondrijos. Proceso de contemplación, entrega y misión. Como y con María (Lc 2,19.51): “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCe 19 La Palabra (buena semilla) “en un corazón bueno” (Lc 8,15). *Itinerario del Discipulado*: “Mi madre y mis hermanos” (Lc 8,21). *Aparecida* 129-153 (2ª parte, cap.4: resumen). *Como Pablo*: “Por la gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí” (1Cor 15,10). Escuchar, dejarse sorprender, desear, buscar, encontrar, cambiar, contagiar. “En esperanza fuimos salvados” (Rom 8,24).

1. DEJARSE SORPRENDER POR DIOS AMOR

“Lectura”: Recibir el don de la Palabra tal como es. Dejarse sorprender por la Palabra y por los acontecimientos de Jesús. Es misterio de amor, más allá de nuestros cálculos. “Ateorar” en el corazón como María (Lc 2,19.51). “Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas » (Os 11, 8-9). “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16). Cfr. Ef 1-2. *La Eucaristía como “sacramento del amor”*: “En el Sacramento eucarístico Jesús sigue amándonos « hasta el extremo », hasta el don de su cuerpo y de su sangre” (SCa 1).

Discipulado: “Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (Jn 8,31-32). “En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto y seáis mis discípulos” (Jn 15,8). *Como Pablo*: “Sin adulterar la Palabra de Dios” (2Cor 2,17); “encadenado en el Espíritu” (Hech 20,22; cfr. Ef 1 y 3).

2. DEJARSE CUESTIONAR POR DIOS AMOR

Kibe Kasui Sacerdotis Professi S.I. et CLXXXVI Sociorum... annis 1603-1639. Positio super Martyrio, pp.57-75. Ver más datos en la conferencia anterior. Estudio el tema en: *La clave de la perseverancia de los mártires del Japón (siglos XVI-XVII)*: Omnis Terra (2008) edic. esp.

“*Meditación*”: Dejarse cuestionar. Nos examina el Amor. El toque de Dios en el corazón. “Reflexionar”: es importante, es urgente, acontece ahora, Dios es más allá de sus luces y mociones. Aprender a “admirar”: Lc 1,29; 2,33. La Palabra de Dios Amor resuena en nuestra pobreza radical. “El amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona” (DCe 10). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1Jn 4,10). Cfr. Lc 15. *La Eucaristía como “examen sobre el amor”*: “Los Evangelios nos narran muchas veces los sentimientos de Jesús por los hombres, de modo especial por los que sufren y los pecadores (cfe. Mt 20,34; Mc 6,54; Lc 9,41)” (SCa 88).

Discipulado: “Renacer” (Jn 3,5). “Yo os he elegido” (Jn 15,16). “Irás donde no quieras... Sígueme” (Jn 21,18-19). *Como Pablo*: “A mí, el menor de todos los santos, me fue concedida esta gracia” (Ef 3,8); “pues yo soy el último de los apóstoles: indigno del nombre de apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios” (1Cor 15,9; cfr. 1Tim 1,15).

3. ACEPTAR VIVENCIALMENTE LA RELACIÓN CON DIOS AMOR

“*Petición*”: Lo necesitamos todo. Dios me da siempre más de lo que pido (me lo da todo según su proyecto de amor sobre mí). Confianza filial. Sentirse pobre de solemnidad: “Dios ha mirado la nada de su sierva” (Lc 1,48). Pedir es comprometerse: “no tienen vino... Haced lo que él os diga” (Jn 2,3.5). Actitud filial de: humildad, confianza, agradecimiento, gozo, “atención amorosa”, “silencio (de donación) lleno de presencia adorada”... “Contacto vivo con Cristo” (DCe 36). “Un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo” (DCe 34). “Hemos visto su gloria” (Jn 1,14). “Lo que hemos visto y oído... el Verbo de la vida” (1Jn 1,1ss; cfr. Jn 1,35-51; 15,27; Mc 3,14). *La Eucaristía como presencia que pide presencia y relación*: “En la Eucaristía el Hijo de Dios viene a nuestro encuentro y desea unirse a nosotros; la adoración eucarística no es si no la continuación obvia de la celebración eucarística” (SCa 66).). “El pastor bueno debe estar anclado en la contemplación” (S. Gregorio M.; cfr. DCe 7). “La verdadera alegría está en reconocer que el Señor se queda entre nosotros, compañero fiel de nuestro camino” (SCa 97).

Discipulado: “Se quedaron con él aquel día” (Jn 1,39): “llamó a los que quiso... para que estuvieran con él” (Mc 3,13-14); “habéis estado conmigo desde el principio” (Jn 15,27). “Un encuentro personal y comunitario con Cristo que suscite discípulos misioneros” (*Aparecida* 11). *Como Pablo*: “Cristo vive en mí” (Gal 2,20; cfr. Hech 25,19: “Jesús vive”); “estoy contigo” (Hech 18,10; cfr. 2Tim 4,10).

4. DEJARSE CONQUISTAR POR DIOS AMOR Y RESPONDER A SU AMOR

“*Unión*” y “*servicio misionero*”: ¿Qué quieres de mí? “Dénos él lo que quisiere” (Santa Teresa de Ávila). Sintonía con su amor. Lc 1,38: “Sí”. Compartir su misma vida y amores. Ser “pan partido” como Él (SCa 88). “Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad” (DCe 18). Vida nueva: Gal 2,20; Col 3,3; Jn 6,48ss. Seguimiento esponsal: Mt 19,27; Lc 5,11. Sacerdote ministro, ser signo de cómo ama Él: Jn 10; 15,13; 4,34; Mt 8,20; Mc 10,38 (cfr. Lc 22,20; Jn 18,11). *La Eucaristía como donación que pide donación*: « El que come vivirá por mí » (Jn 6,57). “Comulgando el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo se nos hace partícipes de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente” (SCa 70).

Discipulado, seguimiento misionero: Convivir, permanecer, vivir en y para, pertenecer... (Mt 19,27; Lc 5,11; Mc 10,38). Ser “una carta de Cristo escrita con el Espíritu de Dios vivo” (2Cor 3,3). Para ser signo de cómo ama él: “En el evangelio aprendemos la sublime lección de ser pobres siguiendo a Jesús pobres... En la gratuidad de los apóstoles aparece la gratuidad del Evangelio” (*Aparecida* 31). “Hace falta sobre todo tener la valentía de proponer a los jóvenes la radicalidad del seguimiento de Cristo, mostrando su atractivo” (SCa 25).

Como Pablo: “Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo” (Fil 3,8). “Los cristianos necesitamos recomenzar desde Cristo... y necesitamos, al mismo tiempo, que nos consuma el celo misionero” (*Aparecida*, 41).

Testigos de la esperanza. Santa Josefina Bakhita) “Sentía el deber de extender la liberación que había recibido mediante el encuentro con el Dios de Jesucristo... La esperanza que en ella había nacido y la había « redimido » no podía guardársela para sí sola; esta esperanza debía llegar a muchos, llegar a todos” (Spe Salvi 3).

María e Iglesia: “Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva” (Spe Salvi 50).

Estudios sobre la Lectio Divina:

A. BERNARD, *Teología espiritual* (Madrid, Soc. Educ. Atenas, Sígueme, 1994) 365-367.; G.M. COLOMBAS, *La lectura de Dios* (Zamora, 1980); F. CONTRERAS MOLINA, *Leer la Biblia como Palabra de Dios. Claves teológico-pastorales de la lectio divina en la Iglesia* (Estella, Verbo Divino, 2007); E. DEL COVOLO, *Lampada si miei passi: leggere la Parola come i nostri Padri* (Torino, Elledici, 2008); I. GARGANO, *Iniciación a la «lectio divina»* (Madrid, Soc. Educ. Atenas, Sígueme, 1996); M. MASINI, *La Lectio divina. Teología, espiritualidad, método* (Madrid, 2001); R. MERCIER, *Lectio divina y espiritualidad bíblica* (Bogotá, CELAM, 2000); C. MESTERS, *Hacer arder el corazón. La lectura orante de la Palabra* (Estella, Verbo Divino, 2006); S.A. PANIMOLLE, *Ascolto della Parola e preghiera. La lectio divina* (Lib. Edit. Vaticana, 1987); H. RAGUER, *La lectio divina* (Barcelona, 1999); R.A. ZAMORA, *Qué es... La Lectio Divina* (Madrid, 1998); G. ZEVINI, *La lectio divina en la comunidad cristiana* (Estella, Verbo Divino, 2005).

Estudios sobre el discipulado:

AA.VV., *El presbítero, discípulo y misionero de Jesucristo, en América Latina y el Caribe* (Bogotá, CELAM, 2007); A.A. CASTAÑO, *Discipulado y misión en el evangelio de San Mateo* (Bogotá, CELAM, 2006); J. ESQUERDA BIFET, *La misionariedad de la Iglesia en América Latina a la luz del discipulado evangélico:* Medellín 32 (marzo, 2006) 99-120; J.C. GARCÍA PAREDES, *María la "perfecta" seguidora de Jesús. Vocación y discipulado*, en: *María en la vida religiosa. Compromiso y fidelidad* (Madrid, Inst. Teológico Vida Religiosa, 1986) 91-125; F.Mª LÓPEZ MELÚS, *María de Nazareth, la verdadera discípula* (Madrid, PPC, 1991); H.O. MARTÍNEZ, *El discipulado en el evangelio de Marcos* (Bogotá, CELAM, 2006); L. SÁNCHEZ NAVARRO, “*Venid a mí*” (Mt 11,28-30). *El discipulado, fundamento de la ética en Mateo* (Madrid, Fac. Teol. San Dámaso, 2006); S. SILVA, *Discípulos de Jesús. Relatos e imágenes de vocación en la Biblia* (Bogotá, CELAM, 2006); Idem, *Discípulos de Jesús y discipulado en la obra de San Lucas* (Bogotá, CEBIPAL, 2005).

Ver un esquema *sobre San Pablo* (con bibliografía actual práctica), al final de la primera conferencia.